

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La fé.

LEYENDA.

(Continuacion.)

Al quedarse solo Fernando la noche antes, hizo alguna oposicion á este proyecto: vacilaba; y en esta alternativa, siguió hasta que le vimos llegar al punto señalado. En medio del camino quiso volverse, y no tuvo valor para ejecutarlo: una fuerza estraña le empujaba hácia adelante.... Una voz lúgubre, fatídica, resonaba de continuo en su oido, diciéndole de un modo inexorable, terrible: ¡anda, anda!.... ¡El infeliz se oponia en vano! sus débiles fuerzas se estrellaban contra las fuerzas formidables del destino, del hado fatal! Así que no bien empezaba la lucha entre este y su temor, cuando se sentia dominado, vencido. La fatalidad le arrastraba, y contra este poder su voluntad era impotente. Quedó al fin subyugado por aquella, y ya sin accion propia se dejó conducir al término de la catástrofe.

Dos horas despues entraban en un pueblo de corto vecindario.—Uno de ellos se acercó á una muger anciana que atravesaba una callejuela y le preguntó: ¿Dónde vive el cura, señora?—En la primera casa de la derecha al volver la esquina de esa calle; contestó

ésta, señalando la que tenian en frente.— Gracias, dijo, y se reunió á los otros que le esperaban á corta distancia. Se dirigieron hácia ella bastante despacio, haciendo en dos palabras, el que parecia dirigirlos, un resumen de todas las precauciones necesarias para el lance. Llegaron, y llamó uno de ellos á la puerta. Una voz de muger respondió desde de adentro, preguntando que querian.— Abra V., dijo el que llamó.— ¿Qué quieren ustedes? repitió aquella acudiendo á la puerta.— Hablar en este momento al señor cura.— Está rezando, y tendrán ustedes que esperar algo, repuso la que parecia ser la criada.— Bien, esperamos, contestó el mismo entrando. Penetraron los demás en la cocina, cuidando el último de cerrar trás sí la puerta de la calle, mientras aquella les ponía sillas y atizaba la lumbre.

Se informaron inmediatamente de que el cura no tenia familia alguna, ni en casa mas persona que ella. Con estos datos, creyeron llegado el momento oportuno de obrar, y á una señal convenida, se apoderaron de la criada: le ataron un pañuelo á la boca y otro en las manos, y le arrastraron hasta una habitacion inmediata, amenazándola con un puñal si gritaba. En la mayor astupefaccion, se dejó conducir sin dar un grito ni

hacer la menor resistencia, hasta un rincón de aquella, en el cual había un grande agujero que servía de portada á un sótano que comunicaba á la calle, por una ventana cuajada de barras cruzadas. Hicieron un ligero reconocimiento de este cuarto; y con el acelaramiento natural, y la poca luz que penetraba de la cocina, no percibieron aquella especie de trampa, que quedó además medio oculta por el cuerpo de la criada. Reiteraron las amenazas á esta, y se salieron cerrando por fuera. Dirijéronse al jardín en seguida, lo ecsaminaron dejando la puerta entornada con el objeto de huir por este lado en caso de apuro.

Poco tiempo emplearon en esta operacion, y al volver á la cocina, sienten voces que parecían venir de la calle. Se paran á escuchar, y efectivamente, oyeron los gritos de ¡ladrones! socorro!... — Cielos, dijo uno. Los otros quedaron aterrados. — Llamar á Fernando, continuó el mismo, y huyamos por el jardín. Y salieron á escape por la puerta del mismo. La abrieron y echaron á correr por medio de él; y llegando á las tapias, treparon por ellas con una rapidez admirable, y en un momento se encontraron en las afueras del pueblo, libres de peligro.

A este tiempo, pasaba una singular escena en la habitacion donde el cura se encontraba. Al apoderarse de la criada los compañeros de Fernando, éste se introdujo en una salita que tenía á la derecha. Un hombre como de 36 años estaba de rodillas delante de un pequeño retablo: al ruido volvió la cabeza: Fernando se adelantó apresuradamente hasta ponerse á poca distancia de una mesa cargada de libros, sobre la cual ardía un velon y cuya luz iluminó de pronto su semblante. — ¿Qué quereis? le preguntó el cura! — El dinero al momento. — Aguardad, le dijo. — Al primer movimiento que hizo para levantarse inclinó un poco el cuerpo, y quedó frente por frente de Fernando que le miraba atónito. Un estremecimiento

general le sobrecojió. El pie derecho que había levantado besó otra vez el suelo. Alargó la cabeza, inclinó el cuerpo hácia adelante, y con voz alterada exclamó: — ¡Qué miro! — Cielos, dijo Fernando retrocediendo dos pasos. — Fernando!! — ¡Ricardo!! — Tu!! Dios mio!!!... — Sí, yo soy, infame: al fin te encuentro!..., repuso con furioso ademán y sacando un puñal al mismo tiempo. — ¡Cielos ¿es esta vuestra voluntad? dijo Ricardo lleno de superticioso terror. — ¡Sí!!!... yo soy tu remordimiento, ó por mejor decir tu espiacion fatal, contestó interrumpiéndole. — Toda la culpa es mia. Esta es mi obra, esta es la consecuencia lógica de mi pecado, replicó Ricardo cada vez mas dominado por el pánico. — Muere, miserable!! dijo Fernando levantando el brazo para herirle. — ¡Detente, infeliz!! detente! exclamó Ricardo tendiendo los brazos hasta tocar en la mano que sujetaba el puñal, con un crucifijo que sostenía en la izquierda. Un movimiento convulsivo experimentó al sentir en su mano el sagrado objeto que Ricardo sujetaba en la suya. Retrocedió un paso, y se le escapó el puñal. Fijó la vista desencajada en el crucifijo: sintió en el pecho una opresion fatigosa que no le dejaba respirar. Sus piernas flaqueaban: fueron doblándose poco á poco hasta caer de rodillas: inclinó la cabeza, se llevó las manos á la frente y en esta actitud permaneció largo rato sin poder articular palabra.

(Se concluirá.)

José Calderon Yanez.

A DON NARCISO FAGES DE ROMA.

MIS GOCES EN EL CAMPO.

(Conclusion.)

IV.

Ya anochece..., ya la luna
asoma en el firmamento,
y se eleva el pensamiento,
y es hora de descansar.

Ya las auras de la vida
perfumadas, voluptuosas
en el cáliz de las rosas
siento entonces mormurar.

Luego vienen plañideras
desde el valle suspirando,
mientras que estoy meditando,
á embriagarme de placer.
Y una melodía suáve
de los aires desprendida
jamás en el valle oída....
suspiros de una muger!

Y la luz de las estrellas,
y las sombras, vago encanto,
y el melancólico canto
que me viene á interrumpir.
En los momentos que escribo
mis campestres impresiones,
con nuevas inspiraciones
¡ay! mi frente hacen arder.

¡Qué valen las travesuras
de las nocturnas orgías,
en que malogra sus días
bulliciosa juventud!...
Las impúdicas mugeres
y los bailes voluptuosos,
y los juegos caprichosos
en que pierde la virtud.

Arruinandó á su familia,
el hombre con pompa vana,
para hallar luego mañana
vacío su corazón!
Y en la dura sociedad
amigos indiferentes,
que le muestren inclementes
como enseña de padron!

¡Ay! qué es la pompa del mundo
y el festin de las ciudades,
qué son sino vanidades,
que con mágico poder,
Licores emponzoñados
nos embriagan un momento
para hacer nuestro tormento
con los recuerdos de ayer!

¡Ay del hombre al despertar,
si abandonado al destino
va siguiendo su camino
de los placeres en pos!
Y sin fé y sin esperanza
en el vicio encenagado,
como ayer sigue menguado
olvidándose de Dios!

Vente conmigo unos días,
mi inolvidable Narciso,
el campo es un paraíso
en donde disfrutarás.
Acostándote tranquilo
al murmurio de la brisa,
del alba con la sonrisa

tranquilo despertarás.

No caerá en tu semblante
ni una gota de amargura,
corriendo tu vida pura
de ilusion en ilusion.

Que vivimos sin afanes,
teniendo en plácida calma
siempre paz, tranquila el alma,
y contento el corazón.

José Blanzart y Camps.

El Diamante.

LEYENDA FRANCESA.

(Continuacion.)

II.

En vano buscó Misller; el diamante había desaparecido. Levantóse azorado, huronéo todos los rincones del cuarto; tentó todos los muebles; vació todos los cajones; registró todos los bolsillos: Todo fué inútil. La inquietud y la zozobra iba aumentándose por momentos. Una idea consoladora le sosegó un instante. Berta había jugado con el diamante antes de dormirse: sin duda se había olvidado de volverlo al lugar del que lo había sacado ¡pero que imprudencia! Dispertó en seguida á la niña con la intencion de reñirla mucho: Berta, le dijo, vuelveme el diamante, lo necesito ahora mismo: Deberia castigarte por haberlo guardado, porque podias perderlo, y me has hecho pasar un rato bien cruel, pues he temido que hubiese así sucedido: vamos, añadió abrazándola, dámelo y vete á acostar que es muy tarde, y el rey de los Aulnes (1) se lleva á las niñas que no duermen de noche en sus camas. Al oír el nombre del rey de los Aulnes, Berta se estremeció y abrió sus ojos mirando azorada: cálmate se apresuró á decirle su padre, y vuelveme el diamante. Berta aturdida, parecia como que no comprendiese lo que pedia su padre. Un sudor frio inundó la frente de Misller y una horrible ansiedad se pintó en sus ojos. La espresion de su mirada dió miedo á la niña, la que echándose de rodillas á sus pies,

(1) El rey de los Aulnes, segun la leyenda francesa, se pasea durante las noches por las orillas de los rios y lagos. Forman su corte las almas de los niños que se lleva durante sus correrías nocturnas.

Padre exclamó, no te enfades; espera que me acuerde. Hubo un momento de silencio, un momento lleno de mortal congoja para el pobre Misler. Despues Berta exclamó con vivacidad: ahora me acuerdo donde le he puesto; le he colocado en la corona de la Virgen, allá arriba sobre la ventana. Misler respiró y volvió la vista hácia el puesto indicado por la niña, pero no vió nada; sin duda la estatua se confundia con el fondo obscuro del cielo. Tomó su lámpara y la levantó hasta la altura en que estaba la ventana..... ¡Oh desgracia! La estatua de la Virgen habia desaparecido!

Hay en la vida humana ciertas sensaciones, ciertos golpes inspirados, que es preciso renunciar á describir. Misler, ya lo hemos dicho, era un hombre de corazon y lleno de fé, y no obstante, en aquel momento su fé y su valor le abandonaron, y no se sintió con fuerzas para resistir á tan terrible golpe. Las piernas no pudieron sostenerle, sus ojos se oscurecieron, entrevió con horror el triste porvenir que le reservaba el descubrimiento que acababa de hacer: su ruina, su deshonor, que alcanzaria tambien á su hija, á la que amaba mas que el mundo entero; en lugar del feliz porvenir que esperaba para ella, la miseria, el oprobio; para él la muerte en el fondo de una cárcel. El profundo sentimiento de honradez impreso en su alma, era lo que mas contribuia á estraviar su razon. La desgracia era inmensa; pero no era irreparable. Si Misler no se hubiese ofuscado, hubiera conocido que el mejor partido que podia tomarse en aquella ocasion, era el de ir á encontrar al Conde de Vesuserg, contarle el caso con sencillez, ponerse en sus manos, y confiar al tiempo y á la Providencia que nunca abandona á los inocentes, el cuidado de su justificacion. Nada de esto se le ocurrió, estaba ciego: se paseaba como un loco, agitado por movimientos convulsivos, y continuando ocupado siempre en buscar el diamante, como si aun pudiese dudar de la cruel realidad.

Los sollozos de Berta le hicieron volver en sí. La pobre niña que habia causado esta desgracia, y que comprendia los crueles tormentos que sufría su padre, lloraba amargamente. Misler se acercó á ella; la contempló con los ojos estraviados por un principio de locura, y enternecido de repente por la poderosa influencia de la afeccion paternal, la tomó en sus brazos: su rostro estaba tran-

quilo y sereno, lloró viéndola llorar, y la dijo con voz cariñosa: sin duda has dejado caer la estatua al rio al volverla á colocar en su puesto, y el diamante ha caido con ella en el agua. Y bien, padre, contestó la niña, consolada ya, compraremos otro para reemplazar al perdido. Esto es! dijo Misler sonriéndose. El diamante valia treinta mil *thalers*, sesenta veces la fortuna del pobre lapidario.

Cuando Berta se hubo acostado y dormido, Misler se acercó á la cama para contemplar por última vez las facciones de su hija querida, y despedirse para una separacion que solo Dios sabia el término. Despedida desgarradora, que no hubiera tenido valor de hacer, si Berta hubiese estado despierta.

« A Dios, le dijo, única alegría, único amor de mi vida, pura imagen de tu madre; tu padre se separa de tí con el corazon hecho trizas; los hombres te dirán que es culpable; pero Dios y tu conciencia, hija mia, te dirán que es inocente y desgraciado: ya de hoy mas no puedo ser tu sosten porque mañana mi frente, estará manchada por la infamia: mas tu candor y tu debilidad enternecerán á los corazones mas indiferentes: se compadecerán de tí, á mi me despreciarán: á Dios ángel mio: te dejo bajo la proteccion y amparo de Dios. » Diciendo estas palabras, besó por última vez á Berta en la frente, mientras que se desprendia de sus párpados una ardiente lágrima que cayó sobre las mejillas de la niña, cuyos sonrosados labios se entreabieron en aquel momento, como para devolver á su padre el beso que acaba de darle.

Misler se separó de la cama de su hija, y huyó azorado por la desesperacion que renacia en su alma: sufría el pobre como si fuera un condenado arrojado del paraíso. Marchaba á la ventura, sin direccion por las calles de Heilbronn, y muy luego se encontró en el campo sin haberlo notado. El fresco de la noche, en lugar de apagar el fuego interior que le devoraba, no hacia mas que atizarlo como el viento atiza un incendio; las aguas del Necker se movian cerca de allí profundas, negras y lúgubres: una horrible fascinacion arrastraba á Misler hácia ellas: se inclinó sobre el borde de la ribera, y el vertigo le hizo ver un abismo profundo, del fondo del cual se elevaba sin duda alguna horrible aparicion, ó mas bien alguna vision consoladora, porque levantándose de repente, pasó la mano por la frente, como para arrancar de ella un mal pensamiento, y exclamó

con voz conmovida: Si esposa mía, viveré, sufriré, trabajaré, y un día nos reuniremos todos en el cielo.

Después se alejó precipitadamente, pero con paso firme, seguro; y muy luego desapareció en la oscuridad.

A. B. de Erill.

(Se concluirá.)

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

POESIA RELIGIOSA.

Dispuso Herodes, celebrando días, el suntuoso banquete de ordenanza, dó la implacable y lúbrica Herodías halló, al fin, la ocasion de su venganza. Mereciendo al Tetrarca simpatías la jóven Salomé, diestra en la danza, darla juró cuanto ella le pidiese aun cuando la mitad del reino fuese.

Vuela á su madre la doncella lista, quien vengativa demandarle marca la sagrada cabeza del Bautista, que escuchó entristeciéndose el Tetrarca. Mas del solemne juramento en vista, aunque las cejas con enfado énarca, sanguinario resuelve en su tristeza que al Precursor le corten la cabeza.

Oraba Juan en cárcel tenebrosa, cuando al raudó crugir de los cerrojos el verdugo con hueste numerosa hace el hacha brillar ante sus ojos. Así de la muger mas licenciosa degollado sucumbe á los antojos, el mayor de los hombres eminentes, cumplida su misión entre las gentes.

Un azafate de su sangre lleno es tumba á la cabeza veneranda, que Salomé con atavío obsceno no al recibirla trémula se ablanda. Pasa el regalo de la madre al seno que al ver cumplida la feróz demanda, su viperina vista al plato lleva y en tan cruento espectáculo se ceba.

Es de saber que su rencor databa, de haberla Juan un tiempo reprendido el incestuoso trato que llevaba con su cuñado, en público sabido. ¡Al Precursor Herodes estimaba, que asáz le reprendiera en tal sentido, y admirando del Santo la grandeza dió al capricho de un baile su cabeza!

Cuando el crimen adóptase por norte, y el corazon del réprobo se cierra, no hay freno humano que su curso acorte si en la audacia sacrílega se aferra. Cual á impulso de intrínseco resorte late, camina, disparata, yerra,

y estréllase, por fin, eternamente porque al sepulcro baja impenitente.

Francisco P. Varela.

La Judía de Sebastopol.

(Traducción.)

I.

Los prisioneros.

Tocaba á su fin noviembre de 1854. El invierno se anunciaba en Crimea por lluvias frias y malsanas, que muy pronto debían obligar á los aliados á suspender por muchos meses la actividad de sus trabajos. Se apresuraban á aprovechar, por consiguiente, los intervalos raros de buen tiempo, para avanzar las trincheras y enviar á la plaza bombas y granadas en abundancia, que hacían desaparecer cuarteles enteros. La noche en que empieza esta anécdota se sucedía á un día tempestuoso, que no había permitido á los sitiados ni sitiadores cambiar los saludos de sus bocas de fuego. Había llovido á torrentes, y la humedad penetrando en las casas, hacia indispensable el uso del fuego á pesar de la escasez y carestía del combustible.

El viejo judío *Aliezer* había echado en un calorífero, mitad estufa, mitad chimenea, un fajo de sarmientos, á favor de cuya llama se calentaba sentado al lado de su hija, con la cual parecía discutir sobre algun asunto grave, cuando un jóven griego, su doméstico, entró con una lámpara.

A su entrada, el padre y la hija suspendieron la conversacion. *Zamori*, se apercibió de esta desconfianza, y buscó el medio de alargar su estancia en la sala, impacientando á la jóven *Axa*, que le dijo, con tono brusco:

¿Qué haces aquí?

Señorita (*Devítza*), respondió en ruso, estoy arreglando estos muebles.

Vas á salir, ordenó el judío, á saber lo que ocurre.

—El tiempo es muy malo, y llueve á torrentes; obgetó timidamente *Zamori*.

—Tanto mejor, cuando llueve agua, no llueven balas.

—Necesito estar mucho tiempo fuera?

—El que es preciso para saber lo que pueda haber ocurrido desde medio día: que no sea de tu invencion sobre todo.

—Yo mentir, *Glavá!*

—Basta. Te conozco, déjanos.

Zamori se aleja con lentitud, y minutos despues, se cerraba tras él la puerta de la calle.

Segura la jóven *Axa*, de que *Zamori* no volveria á interrumpirlos, reanudó su conversacion diciendo:

—Pero que, padre mio, no estás ya cansado de esta existencia de privaciones, de inquietudes y de sobresaltos?

—No; respondió, como un hombre dominado por una influencia superior, fatal, irresistible: no, me quedaré: debo quedarme y aguardar mi destino.

—La muerte!

—Antes la muerte que la ruina.

—Lo uno y lo otro, tal vez. Sea! Esperemos con paciencia, que el enemigo desmorone nuestra casa, como tantas otras, ó que nos coja en el saqueo general de la ciudad.

—Oh! Oh! las murallas son sólidas, la guarnicion fuerte y numerosa, y las municiones considerables.

—Es decir que el régimen que seguimos te conviene padre mio, y te sometes á él voluntariamente?

—Voluntariamente! respondió con amarga sonrisa; como el condenado sufre su castigo.

—En este caso, querido padre, aprovecha mi aviso, accede á lo que pide el Gobernador, y salgamos de esta ciudad maldita.

—Lo que pide el Gobernador! Sus facciones se contrajeron, y sus dedos se crisparon, al oír estas palabras.— Es preciso repetirtelo, es mi sangre, mi vida; es mi fortuna lo que me exige; mi fortuna, la tuya, la tuya! lo entiendes hija mia? Esta mañana, cuando me llamó estuvo mas incesorable que otras veces. Estaba en la sala grande del arsenal, rodeado de todo su estado mayor, con el que deliberaba. En cuanto me tuvo en su presencia, judío, me dijo, tu deseas salir de la ciudad, lo sé. Consiento en ello mediante pagues la cantidad de cien mil rublos.—Cien mil rublos, esclencia, exclamé, cuando desde que se empezó el sitio se me han exigido mas de diez mil, á título de impuesto? Pues ó das la citada suma como anticipo voluntario, ó te quedarás en la ciudad. Si no hay dinero, no hay pasaporte.—En seguida hizo un gesto á sus esclavos y me pusieron en la puerta.

—Oh! los cristianos! los cristianos!....

murmuró *Axa* desgarrando de cólera el manto de cachemir que cubria sus espaldas de blanco mate.

—No es verdad que no debo suscribir á tal demanda?

—Perdona, padre mio, perdona, pero no me comprendes. El dinero! que importa el dinero, cuando se ha de dar, por verse sano y salvo, al abrigo del peligro?

—El desprecio de los cristianos! dijo *Aliezer*, riendo desdeñosamente.— Los hijos de Israel, se burlan de ese desprecio y se vengan ganándoles su oro.—Y esta riqueza tan penosamente adquirida, se la habia de entregar? Locura; si la necesitan para pan, que sufran el hambre. Si les hace falta para hacer venir refuerzos ó municiones, que los enemigos los degüellen, los aplasten, los quemén, porque de mí no tendrán ni un rublo. Ya sé que espian esta casa, que siguen tus pasos y los míos; pueden hacer lo que quieran, saquear, derruir la casa y no encontrarán nada, y aunque me abran el pecho, no arrancarán el secreto. Oh! estos rusos, estos infames, estos paganos.... exclamó con risa estridente y sarcástica.

(Se continuará.)

Miguel Nieto de Montaos.

Complaciendo á su amable autora, insertamos el siguiente soneto, en contestacion al que con el título de ¡UN MIRIÑAQUE! se publicó en el número 19 de nuestro periódico.

¡El sombrero!

Convengo en que debemos dar al traste
Con todo *miriñaque*, pues no es justo
Que una señora de mediano gusto
Tan necio mueble por mas tiempo gaste.

Pero ¿es menos ridículo el contraste
Que ofrece acaso un masculino busto
De un *bacinillo* armado, que da susto,
Sin que su objeto á acreditarlo baste?

En buena hora destiérrese el *pollero*
Que tanta gresca y confusion hoy mete,
Pero tambien con él vaya el sombrero;

Ese feo y horrible *cubilete*
Que trasformando al hombre en titerero,
Colmena le apellidan mas de siete.

Nicolasa Diaz y Saavedra.

Cuadro de costumbres.

Acompáñame, lector; acompáñame, y no te burles de mis pretensiones de artista, ni

antes de ver el cuadro, me pagúes con esa risita sarcástica, (perdóname en gracia de mi franqueza) que quiere decir; ¡vaya un pintor de brocha gorda! ¿No vas á ver el exvoto de la iglesia cercana ó de la hermita de mas allá, y no te paras un momento á examinar las figuritas que en él campear? Pues si te tomas esa molestia, no vaciles en pasar la vista por mi cuadro, porque á mas de encontrar sus figuras mucho mas naturales y perfectas que las que la piedad ofrece á la Virgen, juzgo que otro interés ha de tener para tí mi pintura; toparás con una persona á la primera esquina, ó recordarás la que te merece una visita cotidiana; las compararás detenidamente con las del cuadro, y encontrarás por fin entre ellas tanta semejanza, como la que se observa entre su retrato y el original.

Y no digas que escojo colores chillones y de relumbron; culpa si acaso los matices de donde copio; tal como los escuento en la naturaleza los presento á tus ojos. Y ni pienses tampoco que me afano para reproducir á tu vista los tipos fantásticos de Goya ni los repugnantes de Rembrant; no quiero que te amedrentes ni que te desternilles de risa: he escogido el cuadro que te ofrezco porque no he encontrado otro mas vulgar.

Pero adivino cual es tu impaciencia para que descorra el velo que cubre mi pintura; cachaza lector, cachaza, que mientras me entretengo en este exordio ó introduccion ó como llamarlo quieras, tambien pinto; no creas que pierda el tiempo, pues que del solo rasgueo que llevo trazado salen dos retratos; pinto el prurito (ó la necesidad) de asegurarse la atencion de los que leen, y el sempiterno afan que de conservarte en su compañía experimentarás con algun prójimo en el páseo ó en el café, manoseándote mientras te habla, reclamando tu atencion cuando sus palabras insulsas te distraen, detendiéndote por los ojales del frach si te decides á evitar su presencia, y todo porque entre fastidiar á su amigo y privarse de su charlatanería, quiere optar por lo primero.

Dime lector: ¿es hojarasca mi exordio? Pasemos ya al cuadro que te tengo prometido, porque acabarias por aburrirte y caerse el papel de la mano. Perderíamos los dos; tu porque saldrias fastidiado; yo porque habria trabajado para el cajista. Descorramos pues el velo que cubre el lienzo, y fija la atencion en lo que veas.

PRIMER TÉRMINO.

Son dos jóvenes, de sexo distinto y de distinto carácter, segun se colije por sus fisonomías. Ella es de facciones regulares, casi hermosas; rolliza y de un cutis blanquísimo, adornado de cabello rubio y ojos azules. Su mirada es fria, y vése en su espresion un fondo de reserva y de cálculo á cuyo influjo tiene subordinados sus sentimientos. Puedes llamarla como quieras, sin temor de equivocarte, porque, es una impresion de la que corren en la sociedad muchos ejemplares. Él, (que desempeña el papel de galan) es feo y viste traje usado y con pretensiones afectadas; no sé como se llama, pero el nombre que mejor le cuadrará seria el de *Homo-bono*. Es campesino que cuando vá á la córte viste levita ó frac, que cuando vive en sus haciendas, caza ó hace dar á los palomos vueltas sobre su cabeza, lo que constituye su diversion favorita; y que de algun tiempo á esta parte ama á la muchacha como ama el perro el pan de centeno, segun espresion del mismo.

De vez en cuando fija ella su mirada sobre el jóven con una espresion casi tierna; pero si te viene en mientes, lector, imaginar que es de amor aquella mirada, bueno será que no ignores que el galan tiene cincuenta mil reales de renta.

Añade á esto, que la tal doncella no deja de publicar que en su vida ha tenido un amante de tan buena pasta. Ahora mismo, y tal como los presento á tu vista cambian entre los dos las siguientes palabras:

Él: ¡Qué dulce es pasar las horas embobado en su mirada de V.!

Ella. Ya sabe V. que me muero por lo dulce.

El amante sabe ya cual es su obligacion, pues segun las teorías que tiene formadas acerca el amor, débense adivinar los pensamientos de la persona querida. Un cuarto de hora despues vuelve con cinco libras de confites y un enorme mazapan.

Es hombre que hasta hace dos meses no habia tenido novia alguna, y que al enamorarse de la fulana en cuestion, se fué derecho al asunto; y como la primera chispa de aquel amor nació un dia que la vió en el páseo, y no tuvo valor para hablarla de rondon, se valió de un amigo que lo era tambien de la muchacha, quien se prestó con una amabilidad suma á terciar desde luego en aquellas relaciones, entregándola un amoroso billete.

No te he querido privar del gusto de sabo-

rear aquella discreta misiva. Felizmente es la muchacha algo descuidada, y desde el día que la recibió, la guarda abierta y desdoblada sobre una mesa del recibidor. He podido de consiguiente presentársela también en primer término. Empieza así:

«Señorita: tengo 50 mil reales de renta que percibo sobre bienes inmuebles, y desde que la he visto á V. ardo en deseos de contraer matrimonio.

«De mis cualidades personales poco le diré, puesto que podrá enterarla minuciosamente el amigo portador. No quiero callar sin embargo que he cumplido veinte y siete años, y que tengo tal horror al juego que ni conozco el *as* de oros.»

No podrás leer lo restante del escrito porque lo cubren unos cuantos merengues. No importa; con lo visto basta y aun sobra para formarte de él idea cabal, por que hay unidad de sistema en aquella carta desde la cruz á la fecha, y todas las ideas rebosan un mismo sentimiento.

SEGUNDO TÉRMINO.

Lo forman una mamá obesa, rechoncha y cuyo tema es vestir color encarnado; y un jóven de la misma edad que la muchacha, que en primer término figura.

La primera habla mucho y con desparpajo; se constituye defensora acérrima de las diversiones honestas, y dice con su elocuente locuacidad, que son al alma lo que la comida es al cuerpo. Sobre todo en presencia del galán de su hija repite ese argumento hasta la saciedad. Este las acompaña con frecuencia al teatro y á ver las figuras de cera.

El jóven es alegante y se retuerce con gracia el sedoso bigote. Llama al amante campesino su íntimo amigo, le acompaña al café y le hace una ú otra visita en sus cotos. Es el que fué portador del billete que has saboreado

El y la muchacha se aman como dos hermanos, porque son amigos de la infancia. Tiene encargo espreso del galán de vigilarla durante su ausencia.

Ayer al despedirse de las señoras amante y amigo, este y la niña cambiaron á hurtadillas algunas palabras: — ¿Volverás, Cándido? — En seguida hermosa, voy á dejar á ese imbecil.

Así dijeron.

Estasíate, lector, en este segundo término, porque sus tintas hacen resaltar las del primero. Si lo observas detenidamente en-

contrarás rasgos maestros y sombras admirables; y conozco, (perdona mi escasa modestia) que has de exclamar para tu imagin: *¡Quién dijera que de tipos tan vulgares pudiera entresacarse tanta poesía!*

FONDO DEL CUADRO.

No creas, lector amigo, que haya querido coronar la obra presentando en último término el sol nascente, ni matizando el cuadro con verdes follajes ni con pintadas aves, ni con la superficie tersa y tranquila de un lago.

No soy dado á ese género de espectáculos; soy eminentemente sociable, y prefiero de consiguiente el bullicio de la multitud.

Por esto verás fantásticos, caprichos, que tienen mucho de la forma humana, revolotear sobre la cabeza de la jóven, y acercarse á ella hasta hablarla al oído; por esto se levanta en el fondo de este cuadro viviente un susurro de murmuración y malediciencia, que hace el mismo efecto que pudiera hacer el susurro del viento al arrastrar las hojas secas; por esta verás asomar por todos lados rostros risibles y fisgones, señalando con ademanes ridículos las primeras figuras del cuadro y soltando una carcajada gutural y chillona.

Juan Bautista Ferrer.

Moralejas.

Así como por risa,
enamórose Pedro de Luisa;
y ayer me aseguró que se casaba.
El que principia mal en mal acaba.

Un andaluz amigo de gazpacho
tanto comió que le causó un empacho.
Con razon tiempo ha dijo el Petrarca:
aquel que mucho aprieta poco abarca.
Buenaventura Perez.

RECTIFICACION.

D. Francisco P. Varela. —Muy Sr. mio: he visto por casualidad en el n.º 49 de su apreciable *Primavera* una poesía catalana titulada: *Lo vot cumplert*, la cual va firmada por mí, siendo así que no es original mia. Estimaré se sirva enmendar esta equivocación á fin de no ser tildado de plagiario, defecto muy comun en nuestros días.

Quedo de V. afectísimo servidor, Q. B. S. M. — Pablo Estorch y Siqués. — Olot 18 agosto 1857.

Director y Editor, FRANCISCO P. VARELA.